

¿Por qué contamos mal los agricultores?

Francesc Reguant

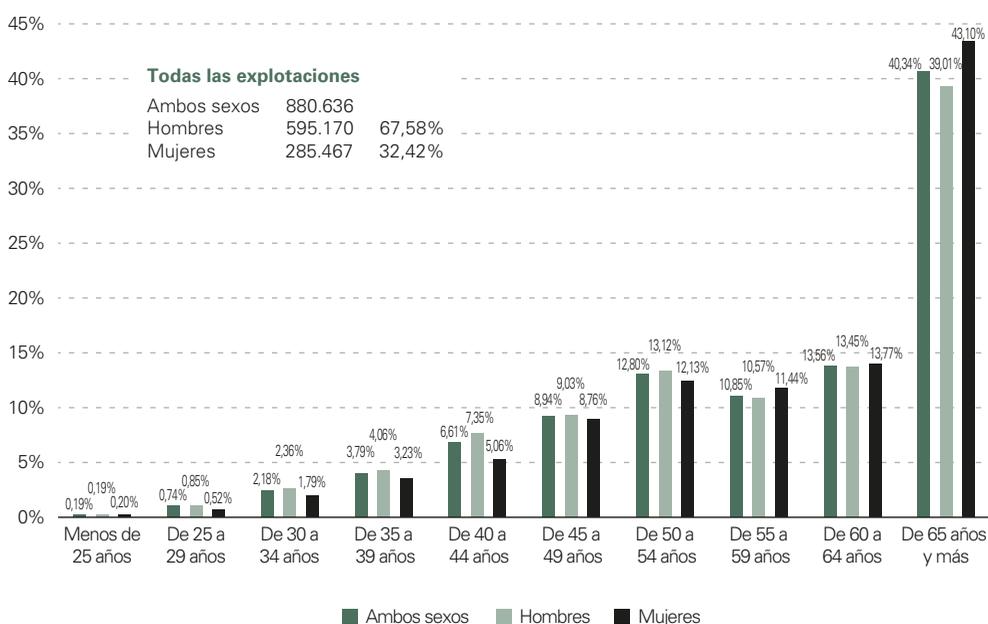
Presidente de la Comisión de Economía Agroalimentaria. Colegio de Economistas de Cataluña

Tradicionalmente la agricultura ha tenido un tratamiento estadístico diferenciado y singular. Explícita o implícitamente el Estado siempre ha considerado la criticidad de este sector en tanto que proveedor de un producto esencial como son los alimentos. Asimismo, las características del mundo agroalimentario son especialmente diversas y complejas, lo cual ha dado sentido añadido a esta diferenciación estadística. Sin embargo, actualmente esta especificidad agraria, en mi opinión, no está generando una mejor aproximación a la realidad del sector y de alguna manera está influyendo negativamente en la orientación de las políticas.

Si tratásemos de conocer la realidad agraria a través de los medios de comunicación, que, de alguna manera, representan la opinión del ciudadano

no medio, podríamos llegar a la conclusión que los agricultores son una población muy envejecida y que se trata de un sector profesional “en peligro de extinción”. Esta es una visión exagerada pero que expresa el substrato cultural que subyace en nuestra sociedad básicamente urbana. Una imagen negativa que gana credibilidad a partir de unas estadísticas que parecen corroborar esta percepción. En opinión de este artículo, la utilización o interpretación errónea de algunas estadísticas conducen a una imagen deformada del mundo agrario y acentúan posturas de menosprecio desde una sociedad urbana alejada del hecho alimentario. Sin embargo, en este artículo no se discutirá la calidad de las estadísticas, al contrario, es precisamente la calidad y credibilidad de estas la que determina la paradoja que trataré de demostrar a continuación.

Figura1. Edad de los titulares de las explotaciones agrarias. Encuesta sobre Estructura de las Explotaciones Agrícolas Españolas año 2016. Titulares de explotación. Porcentajes por tramos de edad



Fuente: Elaboración propia con datos INE.

**LA EDAD DE LOS AGRICULTORES.
¿UN SECTOR MUY ENVEJECIDO?**

Si nos basamos en la última Encuesta (2016) sobre la Estructura de Explotaciones Agrícolas del INE (figura 1), una estadística que se realiza en periodos intermedios entre dos censos agrarios, la conclusión es meridiana: el 40,34% de los agricultores titulares tienen más de 65 años. Una cifra impactante que se repite frecuentemente en discursos, artículos y medios de comunicación. Las estadísticas parecen darles la razón.

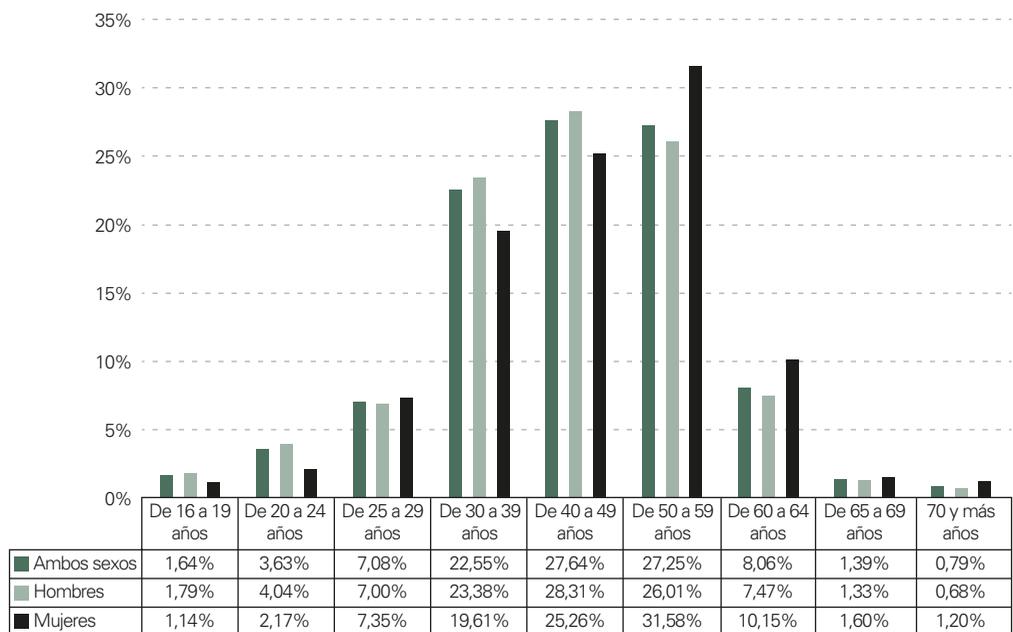
Sin embargo, es una visión totalmente sesgada de la realidad. Esta estadística está basada en la titularidad sobre la explotación, titularidad que suele asociarse a la propiedad, una cualidad que no suele cederse sino por herencia *post mortem*. Es decir, esta estadística está contabilizando la viuda de 93 años que no ha subido en un tractor en toda su vida. Curiosamente, las agricultoras, que representan un tercio del total, acaban siendo el colectivo más numeroso a partir de la edad de 55 años, destacando especialmente el tramo de edad de más de 65 años. La interpretación más plausible hace referencia al rol oculto de la mujer en las tareas agrarias, la cual no aparece contabilizada hasta que a determinada edad precisa justificar

su posición laboral para poder ser beneficiaria de una futura pensión de jubilación. A su vez, el plus de mujeres con más de 65 años probablemente responde a la mayor esperanza de vida del género femenino. A la misma o parecida conclusión llegaríamos si la fuente estadística hubiese sido directamente el Censo Agrario 2009, metodológicamente equivalente a la Encuesta sobre la Estructura de Explotaciones Agrícolas. Igualmente, si la fuente fuese la información que proporciona la DUN (Declaración Única Agraria) acerca de los perceptores de ayudas de la PAC. Todas estas estadísticas basadas en los titulares de la explotación.

Por el contrario, una estadística sobre la edad de los agricultores debe basarse en los agricultores activos, en los ocupados agrarios. Es decir, se trata de considerar a los agricultores de la misma manera que los otros profesionales del resto de sectores. En este caso la separación estadística nos desvía de la objetividad. Cualquier actividad más allá de la jubilación debe ser considerada como una actividad hobby, en ningún caso puede formar parte de unas estadísticas que pretendan registrar la edad de un colectivo profesional.

Efectivamente, la estadística de ocupados agrarios a partir del registro de la Seguridad Social ofrece una imagen radicalmente distinta (figura 2).

Figura 2. Edad de los ocupados agrarios. Ocupados en agricultura, ganadería y silvicultura, 4T 2019. Porcentajes por tramo de edad



Fuente: Elaboración propia con datos INE/Seguridad Social.

La pirámide de edad de ocupados agrarios poco se diferencia de la de otros colectivos profesionales, incluso puede considerarse como un perfil relativamente joven. El 62,54% de ocupados tiene menos de 50 años y, por el contrario, solo un 0,79% tiene más de 70 años. Destaca, en este caso, el peso del género masculino (77,91%) aunque ello puede contener ocultación del trabajo de la mujer, tal como se ha expuesto anteriormente. Se evidencia también el retraso de la incorporación de la mujer, probablemente por las mismas razones aludidas de ocultación del rol de la mujer hasta que, ante la proximidad a la jubilación, la incorporación oficial a la explotación es condición *sine qua non* para obtener una futura pensión de jubilación. En cualquier caso, esta estadística desmonta totalmente el falso mito sobre el elevado envejecimiento de los agricultores.

Sin embargo, tanto los agricultores como la Administración Pública se encuentran cómodos en compartir el relato del alto grado de envejecimiento del sector. La agricultura es un sector subsidiado, a pesar de que los subsidios nacieron no como ayuda al agricultor sino para garantizar el proveimiento alimentario y proteger al consumidor de precios altos y volátiles. Pero esta posición parcialmente dependiente de subvenciones ha incentiva-

do relaciones de lógica reclamación al proveedor del subsidio. Bajo este paradigma, una imagen de dificultad puede parecer una baza en la negociación. En mi opinión es una estrategia equivocada en la medida que deforma la realidad y alimenta el distanciamiento negativo entre la agricultura y la sociedad urbana.

EL NÚMERO DE AGRICULTORES. ¿UN SECTOR EN “PELIGRO DE EXTINCIÓN” O EN TRANSFORMACIÓN?

Desde el impulso a la mecanización agraria en los años cincuenta y sesenta la agricultura sufrió una brusca y gigantesca pérdida de población. El alud migratorio del campo hacia la ciudad dejó una imagen de penuria y dificultad de aquellos que se veían obligados a abandonar sus raíces, sus tierras y sus propiedades. Era una imagen cierta y socialmente impactante, pero se olvidaba que procedía del impulso de la modernidad, de tal manera que en el campo quedaba un sector cada vez más competitivo. Este proceso continuó de forma más moderada hasta el comienzo de los años noventa. Sin embargo, los procesos de intensificación detuvieron esta caída de ocupación a mediados de los

Figura 3. Evolución de la ocupación agraria por regímenes de la Seguridad Social



Fuente: Seguridad Social. Por incompatibilidad de datos no es posible mostrar el régimen general antes de 2007.

años noventa. Hasta el punto de que durante los años de la crisis económica la agricultura actuó como refugio de ocupación, con un sensible incremento de puestos de trabajo. La figura 3 señala los dos periodos con dos tendencias claramente diferenciadas, de caída brusca de la ocupación hasta 1994 y con una tendencia plana desde entonces.

Efectivamente, desde los años noventa la ocupación agraria ha mantenido una relativa estabilidad. No obstante, se está produciendo una profunda reestructuración del sector agroalimentario a partir de diversos vectores:

1. **Incremento de la demanda y tensión en recursos básicos** a partir de una población mundial en continuo crecimiento y con un consumo más exigente en recursos. Este hecho otorga a la agricultura un nuevo atractivo inversor y/o especulativo.
2. **Nuevas exigencias en sostenibilidad y lucha contra el cambio climático** que requieren la realización de inversiones y asumir nuevos costes que solamente explotaciones de cierta envergadura pueden afrontar. De tal modo que indirectamente pasa a ser un factor de concentración.
3. **Revolución tecnológica** desde dos poderosas herramientas: la revolución digital con nuevas aplicaciones TIC orientadas a la agricultura de precisión (bigdata, teledetección, robotización...) y la incipiente revolución biotecnológica (biotransformación, cultivo celular, control biológico...). Esta poderosa transformación permite realizar grandes saltos en competitividad, pero requiere, a su vez, fuertes inversiones, un factor más de selección empresarial y de concentración consecuente.

Los indicadores estadísticos de esta reestructuración en lo que se refiere a la ocupación agraria se resumen en:

- a) **Reducción de unidades productivas.** En el conjunto de España durante los últimos veinte años (1997-2016, según el INE) el número de explotaciones ha disminuido un 21,7%, dato que probablemente está subestimado ya que oculta ficticias explotaciones a efectos del cobro de la PAC sobre tierras que en realidad están arrendadas a una explotación real de mayor tamaño.
- b) **Creciente concentración y redimensionamiento** de las explotaciones agrarias.

- c) **“Asalarización” del campesinado**, tal como reflejan claramente las estadísticas detalladas en la figura 3 y como expone, por ejemplo, el documento *“la uberización del campo”* elaborado por la COAG. Concretamente, a lo largo de la evolución de los diversos regímenes de ocupados agrarios se observa una fuerte caída de los autónomos, en relación con los regímenes asalariados (especial agrario y general). Los agricultores por cuenta propia representaban el 50,6 % del total de ocupados en 1982, mientras que en 2019 suponen un 23,9 %.

DE LA AGRICULTURA A LA BIOECONOMÍA

Serrat en su canción *“Cançó de matinada”* nos explica: *“Cap a la vila ja ve el pagès, la bossa buida i el carro ple, de roig tomàquet i de verdures collides del seu hort”* (hacia la villa ya va el agricultor, la bolsa vacía y el carro lleno). Es la mirada poética de unos tiempos que ya no existen. El campesino cultivaba la tierra, gestionaba el ganado, transformaba el producto en elaborados cárnicos, lácticos, conservas u otros y los transportaba hacia el mercado donde comercializaba sus productos.

Hoy todo el proceso de la cadena alimentaria se ha desdoblado en múltiples servicios externos (servicios vinculados al cultivo y a la cosecha, postcosecha, industria de procesados, transporte, comercialización mayorista, comercialización minorista, servicios técnicos diversos, servicios veterinarios, servicios de gestión administrativa y financiera, etc.). Del mismo modo que se han multiplicado los requerimientos de inputs externos que en la agricultura tradicional se minimizaban, eran de autoconsumo o no existían (fertilizantes, fitosanitarios, herbicidas, productos veterinarios, etc.). Todo ello, en un mundo interconectado con un alto grado de tecnificación. Este es el presente, pero de alguna manera la estadística sigue pensando en el agricultor que nos explicaba Serrat. Todas las explotaciones agrarias, pequeñas o grandes, son empresas agroalimentarias, hay que tratarlas como tales, del mismo modo que los demás sectores, distinguiendo claramente unidades productivas, empresas, empresarios, propietarios y ocupados. La estadística debe otorgar la mayoría de edad a la agricultura. Hay que situar la agricultura en su justo entorno, en el mundo agroalimentario. Hoy resulta muy difícil discernir entre agricultura e industria alimentaria. Los actores de

la cadena alimentaria se solapan frecuentemente, cuando un campesino produce quesos de la leche de sus vacas, ¿se trata de un ganadero o de un empresario de una industria alimentaria?, un operario de una empresa de servicios que lleva a cabo trabajos fitosanitarios, ¿en qué se diferencia de un ocupado agrario que realice las mismas funciones?, ¿pertenece a un sector productivo diferente la misma producción de una cooperativa agraria o de una industria alimentaria?

Incluso tendría sentido situar la agricultura en el entorno más amplio, el de la bioeconomía. El siglo XXI ha nacido con retos severos (energía, seguridad alimentaria, medio ambiente, cambio climático). Todo ello está exigiendo cambios sistémicos de gran importancia orientados hacia un desarrollo sostenible basado en la sustitución de los combustibles fósiles y la orientación productiva de los recursos renovables y la economía circular. En este contexto, la **bioeconomía** ha surgido como nueva palabra en el mundo de *smart words*. Pero la base de la bioeconomía es el sector primario de transformación de activos biológicos, el sector de siempre, aunque con más tecnología, igual que la mayoría de las actividades situadas al siglo XXI. Con la nueva palabra bioeconomía se ha pasado de identificar la actividad por el producto final a identificarla por su origen común, por la primera materia (productos de **origen biológico**). Se ha pasado de una identificación dispersa de las diferentes actividades a una definición integradora, holística. Se ha pasado de una explicación a una palabra que identifica esta explicación.

Al poner el objetivo en los **recursos renovables** se ha tomado conciencia del origen común de estos recursos. La naturaleza nos ofrece una herramienta extraordinaria que es la función clorofílica

de las plantas, capaces de transformar la energía del sol, en combinación con el aire, el agua y los minerales de la tierra, en nuevos materiales biológicos que podremos adaptar y transformar para sus usos alimentarios, energéticos o industriales. Podría ser interesante identificar de manera conjunta el sector de la bioeconomía y consecuentemente

Todas las explotaciones agrarias, pequeñas o grandes, son empresas agroalimentarias, hay que tratarlas como tales, del mismo modo que los demás sectores, distinguiendo claramente unidades productivas, empresas, empresarios, propietarios y ocupados

mente a los operadores de la bioeconomía. Es decir, a los empresarios y trabajadores de la agricultura, la ganadería, la silvicultura, la pesca, la acuicultura, la jardinería, los servicios agrarios de diferentes tipologías, determinados servicios medioambientales y la industria alimentaria. Una visión conjunta ayudaría a valorizar la actividad y los protagonistas de la gestión de los recursos biológicos y a evidenciar su importancia económica y estratégica.

